

Leer y aprender en un mundo de pantallas

Laura Borràs Castanyer

Resumen: Las transformaciones en el ecosistema de la lectura, la ubicuidad de las tecnologías digitales, de Internet y de las redes sociales exigen un replanteamiento de la educación y de las prácticas docentes. Este artículo revisa el papel de estas tecnologías en la ampliación y diversificación del concepto de lectura y la necesidad de alfabetizaciones múltiples (incluida la alfabetización digital) para asegurar una educación adecuada a nuestro tiempo. Subraya asimismo la importancia que pueden tener hoy las redes sociales para lograr este objetivo y reivindica el papel del profesor en esa estrategia global, con la lectura (con independencia del soporte en que se lea) como herramienta crítica.

Abstract: The transformations in the reading ecosystem, the ubiquity of digital technologies, the Internet, and social networks demand a rethinking of education and teaching practices. This article reviews the role that these technologies play in broadening and diversifying the concept of reading, and the need for multiple literacies (including digital literacy) in order to ensure adequate education in our time. It also stresses the importance that social media can have today to achieve this goal, and claims the role of the teacher in this global strategy, with reading (regardless of the medium) as a critical tool.

Palabras clave: lectura, aprendizaje, enseñanza, profesorado, tecnología, Redes sociales, alfabetizaciones múltiples, pantallas.

Key words: reading, learning, teaching, teachers, technology, social media, multiple literacies, screens.

La cultura y el fomento de la lectura deberían ser piedras angulares de cualquier sociedad que se quiera libre y culta. Su futuro, su riqueza y su valor dependerán, en buena medida, de mantener tanto el hábito como el placer de la lectura. Nadie cuestiona ya que la lectura sea una herramienta indispensable en el aprendizaje y la transmisión de conocimiento. Sin embargo, las transformaciones que se han producido en el ecosistema de la lectura en los últimos años han sido ciertamente espectaculares. En los treinta años que me separan generacionalmente de mi hija puedo rastrear con nitidez las señales de esta mutación que, fundamentalmente, se basa en un uso intensivo de las TIC en todos los ámbitos de la vida humana, un *status quo* que en los últimos diez años se ha visto transformado por la aparición de las redes sociales como una realidad comunicativa radicalmente nueva.

En época de cambios permanentes como los que vivimos, inmersos como estamos en esta «modernidad líquida» que ha definido Zygmunt Bauman, es necesario ajustar y modificar constantemente las coordenadas, las perspectivas, las posiciones, las certezas... sobre las que se fundamentaba nuestro saber y nuestra acción docente. A este

sociólogo podemos atribuir el acierto de haber identificado un estado social y haberlo descrito con una metáfora *prêt à porter*: lo que es líquido sintetiza la precariedad y la inseguridad de los parámetros vitales de nuestro tiempo en los ámbitos más diversos (el trabajo, las relaciones amorosas, la propiedad o la educación, pero también ante los cambios naturales, las pandemias, el terrorismo...). El nomadismo permanente conduce a la licuefacción de la realidad y tiene su reflejo más acertado en una cultura que administra esta labilidad consubstancial a la fecha de caducidad de sus productos, el remolino voraz del consumismo en general. En una sociedad de la opulencia, no deja de ser significativo que estemos viviendo una cierta pobreza del exceso.

Claude Lévi-Strauss hace ya tiempo que había planteado que las dos dimensiones de cualquier sociedad humana son, indefectiblemente, técnica y cultura. La primera nos permite controlar el medio hostil que es a veces la naturaleza. La técnica —entendiendo por técnica de manera general la fabricación de herramientas— permite domesticar el mundo, vencer lo que tiene de inhóspito. Gracias a la cultura, en cambio, y utilizando el lenguaje como su base estructural, erigimos un mundo propio hecho de representaciones literarias y artísticas, de orden simbólico, que nos permite vivirlo, habitarlo y también hacerlo más habitable. Tener que elegir entre una u otra es un debate que no lleva a ninguna parte. Y sin embargo, en este escenario, en el que la desestabilización es estructural, aparece un nuevo abanico de cuestiones y respuestas que cuestionan centros y asunciones universales, también en el ámbito docente donde hemos oscilado —y, a mi modo de ver, seguimos oscilando— entre una estéril y simplificadora tecnofilia o tecnofobia.

Las convenciones y los tiempos: el tiempo de Internet

Nos Beaux-Arts ont été institués, et leurs types comme leur usage fixés, dans un temps bien distinct du nôtre, par des hommes dont le pouvoir d'action sur les choses était insignifiant auprès de celui que nous possédons. Mais l'étonnant accroissement de nos moyens, la souplesse et la précision qu'ils atteignent, les idées et les habitudes qu'ils introduisent nous assurent de changements prochains et très profonds dans l'antique industrie du Beau.

Paul Valéry, *Pièces sur l'art* («La conquête de l'ubiquité»)

En este contexto de cambio y mutación se ven afectados muchos procedimientos, muchas asunciones. Además, las convenciones sobre el arte, como afirma Valéry, son siempre instituidas en un tiempo distinto del propio. Lo cierto es que el progresivo incremento de los medios que tenemos a nuestro alcance y los resultados que han



Laura Borràs en la Institución Libre de Enseñanza, 20 de septiembre de 2016.



Fotografía de Syda Productions (Shutterstock).

demostrado poder conseguir introducen cuestiones y hacen modificaciones sustanciales a la idea misma del arte, que se modifica y cambia profundamente.

El mayor medio de nuestro tiempo es, sin duda, Internet. La aparición y generalización del uso de Internet ha resultado tener unas dimensiones sociales, culturales y económicas tan grandes que su acceso ha sido recientemente considerado como uno de los derechos humanos por la ONU. Según afirmó el ponente de la ONU Frank La Rue en un documento presentado en la 17.^a sesión del Consejo de Derechos Humanos (2011), «La única y cambiante naturaleza de Internet no sólo permite a los individuos ejercer su derecho de opinión y expresión, sino que también forma parte de sus derechos humanos y promueve el progreso de la sociedad en su conjunto». El documento insta a los gobiernos a esforzarse «para hacer Internet ampliamente disponible, accesible y asequible para todos», por lo que el hecho de asegurar el acceso universal a la red «debe ser una prioridad para todos los estados». Una prioridad todavía incomprendida pese a la recomendación de la ONU. De ahí que las metáforas con que nos referimos a ella nos lleven a hablar de tsunami para comprender lo que ha representado su advenimiento. Que vinculemos Internet a catástrofe ya es bien significativo.

Sin embargo, es necesario tener presente que por más necesidad que tengamos de nombrar la realidad que nos rodea, de etiquetarla para analizarla y comprenderla, Internet no es un tsunami *stricto sensu* en la medida en que los tsunamis son devastadores, pero pasajeros —es decir, llegan, destruyen y se retiran—, mientras que no está previsto que los efectos sociales de la red se retiren o disminuyan. Si acaso, van a acentuarse. De ahí que Manuel Castells acuñara a principios de este siglo el descriptivo término de «sociedad red». Y la sociedad red precisa de una educación para estas nuevas coordenadas, con estas nuevas herramientas y para una plena alfabetización digital.

La «pantallocracia» y la lectura en pantalla

Las pantallas dominan nuestro mundo y determinan el signo de nuestro tiempo. Por eso, más que combatir las deberíamos aliarnos a ellas. Ordenadores, teléfonos, lectores de libros electrónicos, tabletas, reproductores de audio, teléfonos inteligentes, etc. son las pantallas globales que han aumentado sobremedida el componente visual de la comunicación de información en todas sus dimensiones. Incluso se considera que ya no tenemos *teenagers* (adolescentes), sino *screenagers*, jóvenes que se mueven sin ningún tipo de dificultad por las cinco pantallas: móvil, televisión, ordenador, tableta y cualquier tipo de dispositivo de juego (Wii, PlayStation...).

Paralelamente, hemos retrocedido en aspectos básicos y muy preocupantes como el dominio de la lectoescritura o la comprensión lectora. La galaxia Internet contiene cantidades ingentes de información y recursos extraordinariamente buenos y también —no lo olvidemos— increíblemente malos. La lectura juega aquí un papel

decisivo. Leer ayuda a pensar y a generar conexiones a nivel neuronal que sólo esta actividad provoca en determinadas zonas del cerebro.

Pisani, un prestigioso analista tecnológico, es partidario de una «revolución en las aulas» en la que los profesores hemos de sufrir una pérdida considerable de protagonismo, lo que seguramente supone el menor de nuestros problemas. Lo que hace falta es recuperar la cultura del esfuerzo, así como establecer una estrategia global en términos educativos que permita que la revolución que se produzca sea la de la recuperación de una alfabetización de calidad, del dominio de la palabra y del pensamiento en situación de igualdad con la imagen: de la cultura humanística, en definitiva, y del papel fundamental que tiene la lectura como estrategia crítica fundamental.

El impacto generalizado del efecto digital sobre la lectura ha modificado de manera sustancial el *statu quo*. A nadie se le escapa que con la llegada de Internet hemos experimentado una transformación radical que afecta y modifica la práctica totalidad de componentes del ecosistema lector. Se han modificado los soportes de lectura (del móvil a las tabletas pasando por los ordenadores y los lectores digitales o *e-readers*), los canales de transmisión (potencialmente podemos llevar una biblioteca en el bolsillo), los procesos de edición y presentación de los contenidos, las formas de comercialización, recepción y consumo y se ha resentido el modelo mismo de empresa editorial. Ha variado ostensiblemente el comportamiento de los lectores con las potencialidades de los nuevos dispositivos, unos lectores que son —cada vez más— activos y creativos. Se ha modificado de manera significativa la interacción entre autores y lectores, y también hemos asistido al debilitamiento, superposición o confusión de las fronteras entre el ocio, el trabajo y el aprendizaje, lo que conlleva, de manera sumatoria y como consecuencia global de todas las transformaciones que he mencionado, una modificación significativa de la manera de leer.

En estos momentos podemos hablar de tres grandes praxis lectoras en nuestra vida cotidiana: la «lectura compartida» (cuesta imaginar un momento más álgido de socialización de la lectura, de lectura dialógica a gran escala como la que se produce de manera viral en las redes sociales), la «lectura fragmentada» (los estudios sobre el tipo de lectura que se practica actualmente revelan que nos acercamos a los textos de manera fragmentaria, discontinua, fugaz, no necesariamente secuencial en un sentido amplio) y la «lectura transmedia» (que discurre entre soportes y plataformas diversas y combina modos narrativos variados propios del cine, la televisión, las redes, los cómics, la publicidad, los textos literarios...).

Lectura compartida, fragmentada y transmedia son algunas de las formas de la lectura en nuestro tiempo. Un tiempo enormemente lector —contrariamente a lo que las voces más catastrofistas se empeñan en proclamar— en el que el concepto de lectura se ha alargado y vuelto enormemente complejo. Un tiempo, también, en el que

indefectiblemente aparecen los luditas de turno —con intereses más materiales que ideológicos en algunos casos— para prevenir de los efectos perniciosos de la tecnología en nuestras vidas pero, ¡ay!, es que resulta que todavía hay que recordar que la escritura es una tecnología y el libro ¡una máquina! El universo lector se ha enriquecido extraordinariamente y la historia de la escritura nos ha ofrecido varios ejemplos de tal enriquecimiento, pero, por espacio de quinientos años, el objeto cultural y transmisor de saber de referencia ha sido el libro, alrededor del cual ha florecido una industria editorial que en nuestro país es rica, potente y variada.

Últimamente, sin embargo, la irrupción de otros dispositivos que aportan otras prestaciones que complementan las del libro configura un escenario en el que hay que redefinir todos los elementos de la cadena lectora y de todas las instituciones que giran a su alrededor, desde las escuelas hasta las bibliotecas. No podemos soslayar esta realidad. Como diría Paul Valéry, el inconveniente de nuestro tiempo es que el futuro ya no es lo que era.

¿Metamorfosis? Vivimos en la *mediamorfosis*

Hemos afirmado que la aparición de Internet supone un desplazamiento conceptual permanente. Estamos viviendo una época de metamorfosis, transformaciones y cambios. No obstante, no se trata de meras metamorfosis, sino que nos adentramos en un fenómeno mucho más complejo, puesto que no se trata de un cambio radical en la forma —que también—, sino una adaptación total del resto de medios y dispositivos ante la novedad que supone la red y el conjunto de sus usos y aplicaciones en todos los ámbitos de la vida cotidiana.

Por ello Roger Fidler (1998: 9) usó el concepto de «mediamorfosis», que definió como la transformación de un medio de comunicación de una forma a otra, generalmente como resultado de la combinación de cambios culturales y la llegada de nuevas tecnologías. El teórico canadiense opina que «Los medios no surgen por generación espontánea ni independientemente. Aparecen gradualmente por la metamorfosis de los medios antiguos. Y cuando emergen nuevas formas de medios de comunicación, las formas antiguas no mueren, sino que continúan evolucionando y adaptándose».

Educativamente hablando tal vez tengamos que abrirnos hacia estas nuevas mediamorfosis y prestar atención a las distintas etapas que señala Fidler: 1) *Coevolución*: momento en que el nuevo medio irrumpe de manera simultánea al desarrollo de los distintos otros medios coexistentes, sin que al principio afecte a estos últimos de manera significativa. 2) *Metamorfosis*: momento en que el nuevo medio crece de manera gradual y va adoptando progresivamente los códigos de un medio anterior. Primero imita, para después innovar. 3) *Propagación*: después de replicar las características del

medio anterior, el nuevo medio va ganando nuevos adeptos al tiempo que genera su propio código expresivo, su propio lenguaje, un nuevo manual de uso. 4) *Supervivencia*: llegados a este punto, el nuevo medio aparece ya como una clara amenaza para los anteriores, que empiezan su andadura de cambio y adaptación para evitar la desaparición. 5) *Oportunidad y necesidad*: para conseguir llegar a esta etapa, el nuevo medio debe haber alcanzado una cierta condición de imprescindibilidad. El nuevo medio se ha proyectado ya en distintas direcciones y ámbitos de influencia: social, política y económica. 6) *Adopción retardada*: la historia de los medios nos ha demostrado hasta qué punto es necesario un relevo generacional completo (aproximadamente, de 25 a 30 años) para considerar que un nuevo medio está consolidado en el seno de la sociedad.

El reto, en este contexto y desde una perspectiva didáctica, sigue siendo saber exactamente qué enseñar y cómo hay que hacerlo. Después de todo, como reza una viñeta gráfica francesa, «À l'école, on apprend le passé simple, mais rien sur le futur compliqué», a la que podemos añadir el lema de una serie de camisetas inglesas que tuve ocasión de descubrir durante mis años de *visiting professor* en la Universidad de Kingston: «I was born intelligent, but education ruined me». Hay todavía una versión parecida, que portaba como lema un alumno asistente a un curso sobre alfabetizaciones múltiples y cultura transmedia de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo que impartí en septiembre de 2013 en A Coruña: «Intento ser normal, pero me aburro muy pronto».

Lo cierto es que la escuela y la universidad deben ser objeto todavía de una reflexión a fondo que, más que modificar los planes de estudios de arriba abajo, como llevamos haciendo un par de décadas —lo que nos hace pensar, inevitablemente, en la fragilidad y la inconsistencia de las políticas educativas en nuestro país—, sea capaz de incorporar al servicio de los contenidos la formación en adquisición de competencias que ya se requieren y que van a requerirse todavía más en un futuro inmediato.

La lógica del fragmento, la estética de la brevedad

El aforismo clásico del pensamiento hipocrático, «Ars longa, vita brevis», concede mayor longevidad al saber que a la vida, y parece que la brevedad a la que aludía se ha impuesto como parámetro vital de nuestro tiempo. Si con la aparición de los periódicos se impuso la lógica del titular, con las redes sociales vivimos una cierta tuitización de la realidad.

Enrique Vila-Matas declaró públicamente en varios artículos en el diario *El País* en mayo de 2011 que ello comporta un empobrecimiento substancial del lenguaje. La gente, afirmaba el escritor barcelonés, «ya sólo sabe leer tuits» (http://elpais.com/diario/2011/05/29/catalunya/1306631254_850215.html) y «los tuits son un atentado

contra la complejidad del mundo que pretenden leer» (http://elpais.com/diario/2011/05/24/cultura/1306188004_850215.html). Sam Abrams, por su parte, había afirmado unos años antes que la rapidez existencial con la que cohabitamos también ha modificado nuestra manera de vivir y leer la literatura.

Fue William J. Mitchell (2000) quien en su momento habló del concepto de «e-topía» como una de las consecuencias de la revolución digital que consiste en una nueva relación entre las personas y la información. Los lectores actuales consumen contenidos siguiendo esta lógica de la fragmentariedad, del titular, del tuit, que serían los ejes vertebradores de nuestro aquí y nuestro ahora. Desconcierto y rechazo son dos de las respuestas habituales hacia las transformaciones que estamos experimentando.

En este sentido, creo que es necesario recuperar el último libro de Lipovetsky y Serroy (2010), *La cultura-mundo*, que se presenta, precisamente, como una respuesta a una sociedad desorientada. Superada la posmodernidad, la nuestra sería la era de la «hipermodernidad», cuyos rasgos configuradores podrían ser aceleración, impacto tecnológico —de la tecnociencia a las redes sociales—, globalización y mediatización. Por ello es conveniente preguntarnos cuál es, en este contexto, el papel de las tecnologías de la información y la comunicación en la enseñanza y en la transmisión de la cultura

Manuel Castells anunciaba hace casi una década que el nuevo aprendizaje está orientado hacia el desarrollo de la capacidad educativa que permite transformar la información en conocimiento y el conocimiento, en acción. Nuestra presuntuosa y *soi-disant* «sociedad de la información» —como si la información no hubiera jugado un papel clave en todas las sociedades y épocas precedentes— a veces nos confunde y nos hace creer que el acceso a la información significa, *per se*, acceso al conocimiento. Gran error. Hoy más que nunca el papel que desarrolle el profesorado —con todos los métodos de los que se dote para conseguir su objetivo— resulta crucial para posibilitar esta transformación imprescindible y casi alquímica de la información en conocimiento y del conocimiento, en acción, proceso que resulta indispensable para una sociedad madura e independiente.

«Al principio fue la acción», escribe Fausto en la primera parte de la obra de Goethe cuando se enfrentaba a la traducción del evangelio. Quizás el escritor alemán intuía ya que la acción como impulso motriz sería el rasgo epocal del futuro siglo XXI —movimiento, velocidad, cambio...—, aunque no se sepa muy bien hacia dónde nos movemos, respecto de qué queremos cambiar y por qué hay que hacerlo tan rápidamente. Bajo este influjo, habiendo subido al tren de la informática facilitadora, convertimos el ordenador en un tótem contemporáneo.



Fotografia de Rawpixel.com (Shutterstock).

Hace unos años institutos, escuelas y centros de formación daban cabida de manera precipitada a salas de informática donde se suponía que el factor tecnológico debía marcar la diferencia educativa. Pasada una década y con el balance del primer curso de las escuelas 2.0, nos dimos cuenta de que no había sido así por varias razones, la primera de las cuales es que no resulta prudente «empezar la casa por el tejado». Sabemos que la enseñanza es buena o mala con independencia de su factor tecnológico, y disfrutar de un entorno tecnológicamente asistido (con pantallas táctiles y *gadgets* de todo tipo) no asegura una buena acción docente. Sobre todo, porque quien enseña en un sentido holístico es el profesor, no las tecnologías. Obviar este punto y no atender al profesorado y sus necesidades formativas en el uso de las TIC, prestigian-do socialmente su trabajo, valorando los procesos de innovación y creatividad, etc. supone hacer esfuerzos inútiles.

Ciertamente, el rol de los docentes debe reconfigurarse y adaptarse al momento presente y a las características de las nuevas generaciones digitales, a las que se les puede aplicar el prefijo «multi» (multifuncionales, multimedia, multicomunicadas, multiconectadas...). Los profesores ya no somos los únicos depositarios del saber y sus transmisores, sino que el acceso generalizado a la información que permiten la red o los materiales didácticos digitales nos obliga a replantear los modos de ejercicio de transferencia de conocimiento. Aquí no hay vía de retorno posible: las TIC aplicadas a la enseñanza pueden ser tanto el anzuelo con que recuperamos los estudiantes mediante los dispositivos como el *modus operandi* aplicado a los saberes que queremos transmitir.

Alfabetizaciones múltiples

Si leer tiene que ver con la palabra, los cambios de soporte han ido ampliando el espectro de la actividad que denominamos lectura para decodificar textos cada vez más complejos, para los que se necesitan nuevas alfabetizaciones. Leer también significa analizar, comprender, criticar, reflexionar, valorar y compartir. La lectura es una forma de pensar el mundo, de comprenderlo. Una sociedad lectora es una sociedad con criterio, y hay que trabajar en el fomento de la lectura para lograr formar lectores que decodifiquen textos y que disfruten, porque, como decía Joseph Joubert, recordamos mejor aquello que más nos ha gustado.

Formar lectores hoy, pues, significa que la alfabetización digital debe ser básica, porque vivimos en entornos multilingües, multimodales y multimedia. Los luditas que hasta ahora podían seguir siendo indigentes digitales se han quedado sin coartada: tenemos por delante un fecundo «tiempo de lectura» y así debe ser, porque cada vez más necesitamos especialistas en textos orales, escritos, visuales, sonoros, iconográficos, audiovisuales, hipertextuales... Necesitamos lectores.

Por ello, hay que construir un futuro de progreso no sólo invirtiendo en lectura, sino haciendo uso de todas las herramientas que el mundo 2.0 pone a nuestro alcance. La rapidez, secuenciación en «tiempos», la fragmentación que es propensa a la hipertextualidad, a la enunciación que espera del trabajo conclusivo y cooperante del lector, a veces del «lectoespectador», como lo denomina Vicente Luis Mora, el uso de referentes narrativos cinematográficos, etc. son recursos expresivos de nuestro ahora y nuestro aquí que no podemos desdeñar porque nuestros estudiantes están totalmente familiarizados con ellos.

Así, del mismo modo que en 1936 Walter Benjamin consideraba que en el interior de un cine la experiencia perceptiva del público era forzosamente «distráida» —puesto que se veía sacudido por una serie de choques expresivos, debidos, principalmente, a la rapidez de sucesión de las imágenes y a la brusquedad de su irrupción en la pantalla—, cruzada la frontera del año 2000 el público ya ha interiorizado estos modos expresivos, que le son propios porque son nativos en estos lenguajes.

La cristalización de algunos de estos modos y tiempos expresivos tiene lugar en las redes sociales. Su avance constituye una realidad innegable que se proyecta cada vez más en grandes medios de comunicación de masas, como son la radio, la televisión o la prensa escrita, que no sólo no son inmunes a las redes sociales, sino que las usan para proyectarse más y mejor y para mantener el contacto con el público y distribuir sus contenidos. Y, sin embargo, ¿qué ocurre de manera general, e incluso de modo acentuado, si cabe, en el ámbito educativo? Ante la novedad, la crítica.

La recurrente y desinformada crítica de las redes sociales

Criticar las redes sociales está de moda, queda bien, y últimamente es recurrente. Todo el mundo se repite: ya se sabe que son una pérdida de tiempo, que sólo fomentan la adulación o la crítica más feroz, que es un terreno abonado para el anonimato más conspicuo que aprovecha la máscara de la virtualidad para practicar el insulto más descarnado y cobarde. Las redes sociales son el gran *capharnaüm* de los más bajos instintos, una cadena de transmisión de banalidades, un escaparate de la frivolidad y reino de la superficialidad más absoluta. ¿Qué, si no, pueden ofrecer 140 caracteres, en el caso de Twitter, o un muro como el de Facebook, que para muchos es visto como un escaparate permanente?

Estos son los puntos clave de la feroz crítica a una realidad comunicativa de primera magnitud que está modificando la forma en que nos relacionamos con la información, cómo la generamos, la difundimos, la comentamos, cómo vemos la televisión o leemos los periódicos, cómo comentamos lo que hacemos, pensamos, odiamos, amamos o simplemente queremos compartir por la más pura gratuidad del medio y de sus posibilidades de uso. Eso sí, me resulta sorprendente que quien más critica

sea quien menos conocimiento tiene. Se necesitan tres minutos —si se trata de tertulianos en medios audiovisuales— y un máximo de cinco líneas —si se hace el comentario en formato escrito— para darse cuenta de si la crítica está fundamentada o es totalmente infundada.

Generalmente el crítico más vehemente ni usa estas redes sociales, ni conoce sus reglas de funcionamiento, y no sabe ni siquiera cómo hacer las acciones más básicas, pero es más seguro parapetarse en la crítica gruesa y desinformada que tomarse la molestia de abrirse a un nuevo escenario para el conocimiento, de analizar cómo están cambiando las relaciones sociales a partir del uso de estas redes, de ver qué lógicas siguen los flujos informativos en red y en la red, por no hablar del esfuerzo mayúsculo de intentar cambiar algo en nuestro carácter, si no personal, profesional.

Boyd y Ellison (2007) reflexionaron en su momento sobre el *boom* de las redes sociales a partir de la identificación de elementos estructurales que las definían como servicios en red que permiten la construcción de un perfil público o semipúblico en un sistema delimitado, que también permite articular un listado de usuarios con los que compartir relaciones y, en último término, que facilita la posibilidad de seguir la lista de vínculos que las personas que se relacionan con nosotros mantienen con otras personas en el interior del sistema. Estos elementos básicos son los que, desde 1997 —momento en que apareció SixDegrees, la pionera en este campo que, sin embargo, desapareció en 2000—, han marcado sin excesivas variaciones la esencia del fenómeno.

Pero una red social es mucho más que todo eso, porque lo que todo acaba siendo es una herramienta moldeada por sus usuarios en permanente evolución. Con posterioridad a 2002, se popularizaron Fotolog, LinkedIn, MySpace, Flickr, YouTube, Ning o las grandes estrellas, Facebook y Twitter, y a partir de entonces el acceso masivo a las redes fue fulgurante. Hay redes que cuentan con más usuarios que habitantes tienen muchos países del mundo.

Pero para mí lo más interesante es que del uso intensivo de las redes sociales surge un paradigma comunicativo que subraya aspectos como la participación, la rapidez de la información en tiempo real, la movilidad y la transparencia. También se entiende este concepto como el síndrome de la casa de cristal, debido al efecto de «extimidad» que genera el hecho de compartir en cada momento qué se hace, se ve, se piensa o se come.

Yo soy usuaria intensiva de las redes sociales desde 2007 (fundamentalmente, Facebook y Twitter, por orden de antigüedad de registro, pero también Instagram y, en menor medida, LinkedIn, Academia.edu, Quora o Pinterest). En estos nueve años de experiencia diaria lógicamente me he encontrado algún majadero con nombres y apellidos (aunque he bloqueado a muy pocas personas y, casi siempre, por motivos de obcecación política o ideológica), muchos francotiradores que se esconden bajo el

anonimato que les hace valientes, una cantidad acotada de predicadores, mucha publicidad más o menos afortunada y un número bastante elevado de personas que hacen circular o generan información que es relevante para mi vida o mi trabajo.

Por medio de las redes sociales me comunico con muchos de mis estudiantes, alumnos o exalumnos. Twitter representa para mí un medio privilegiado de adquisición de conocimiento, especialmente de ámbitos de investigación especializada que genera la comunidad académica internacional (desde colegas de los Estados Unidos a media Europa, pasando por Australia y Latinoamérica). A través de Facebook he recibido ofertas de trabajo en el mundo editorial, audiovisual y también de la alta divulgación. Mediante Twitter he contactado con periodistas de todo el mundo en momentos decisivos, como el de la manifestación en Barcelona del 11 de septiembre de 2012, o me han publicado artículos sobre el sentido de una movilización singular como aquélla en diarios como el *Washington Post*.

Además, las redes me conectan con gente que comparte mi manera de entender la enseñanza. Los modos de sociabilidad virtuales basados en la generosidad del compartir me han permitido conocer a personas que hoy forman parte de mi círculo de amistades más cercano. En la red he desarrollado experiencias de aprendizaje que han motivado la capacidad del alumnado de una manera extraordinariamente productiva en términos de rendimiento académico. Desde la red comparto lectura, recomendaciones y citas literarias que funcionan como máximas o epifanías y que generan una cascada de reverberaciones imposibles de imaginar en otros soportes. En red vivo y reconozco amigos y colegas, así como detecto también a los impostores que chupan información, pero que nunca comparten o los que se atreven a pedirte «amistad» cuando lo único que son capaces de ofrecer es la máxima enemistad. Eludir esta realidad, trivializarla o demonizarla cuando somos sus usuarios quienes marcamos las reglas de uso me parece, a estas alturas, totalmente estéril. Sobre todo porque el profesorado puede hallar en estos recursos un gran aliado docente.

Facebook y Twitter en el aula

El tema nos interesa especialmente por cuanto analizamos el uso en las aulas de las TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación) y las TAC (Tecnologías del Aprendizaje Colaborativo).

Desde hace años uso Twitter como una herramienta de toma de apuntes colectiva en los primeros temas al inicio de un curso universitario para poder ver qué nivel de profundidad y comprensión adquiere la clase como grupo a partir de la suma de sus individuos, para poder procesar, con posterioridad, la elaboración colectiva de unos «apuntes compartidos» a partir de la inclusión de los tuits marcados con *hashtag* en un documento de Google editado conjuntamente por el grupo. Además de mante-

nerlos en un estado totalmente activo, atento y participativo en clase, la experiencia confirma que su nivel de comprensión y retención de conceptos es mucho más elevado que en una clase donde probablemente usarían de igual modo el móvil, pero con cualquier otra finalidad.

Del mismo modo, he usado Facebook como un espacio de lectura compartida, como han demostrado las prácticas que he desarrollado no sólo con estudiantes universitarios desde 2009, sino también con estudiantes desde 1.º de ESO hasta 2.º de Bachillerato mediante los cursos de formación de profesorado que he impartido a través de Centros de Recursos de Baleares, Galicia y Valencia, así como en el Máster en Literatura en la era digital de la Universidad de Barcelona. Sin embargo, cuando alguien no sabe cómo usar una tecnología determinada y la vive como una amenaza, la reacción acostumbra a ser de una gran violencia: se prohíbe porque no se comprende. El testimonio de una profesora de lengua española de Mallorca después de haber abierto sus recursos con el uso de Facebook y habiendo encontrado el éxito y la motivación académica con sus alumnos es verdaderamente descorazonador.



Hola, som una alumna teva dels cursos de TICS i Literatura a Manacor. Me va sorprendre molt positivament tot el que vaig aprendre amb tu sobre la relació dels clàssics i les noves tecnologies. Els booktrailers (poemes-trailers) dels alumnes sobre poesia popular medieval varen ser bastant atractius, tant per a ells com per a mi. Ara la meva directiva m'obliga suspendre el grup tancat de Facebook a on presentavem els treballs i els comentaven. Intentar passar de "actriu de cinema mut a parlar una miqueta davan la càmera" a vegades és dur i trist. Una abraçada des de la Illa de la Calma.

Que hoy en día la enseñanza pasa por la tecnología es, a mi modo de ver, una realidad irreversible, pero para hablar de un verdadero plan de digitalización escolar se necesita mucho más que ordenadores. Hace falta una buena estructura de red wifi, puntos de alimentación en las aulas, cañones de proyección y, lógicamente, un cambio en la concepción del tipo de docencia que se va a impartir, saber con qué materiales y con qué finalidad hacemos uso de la tecnología y cómo nos puede servir para conectar con nuestros estudiantes. Hoy más que nunca es necesario replantear cómo debe ser esta acción docente que pasará por dispositivos tecnológicos (continentes) y por materiales didácticos digitales que se caractericen por aportar valor añadido y que exploten todas las potencialidades que la red digital ofrece a la enseñanza (conteni-

dos). Un entorno tecnológicamente asistido no asegura una buena acción docente, puesto que quien enseña, como señalé más arriba, es, en último término, el profesor.

Decimos que la civilización comienza cuando tenemos conciencia de la memoria. Nuestros enfoques pedagógicos son deudores de este planteamiento, pero la problemática de sustituir el historicismo, de pasar de mirar la cultura como texto colectivo en clave de pasado a mirarla (sólo) en clave de presente, nos pasa una factura importante: el culto a la información y su inmediatez, que lleva asociada una determinada sustitución de la memoria y de la producción de sentido que nace del diálogo con el pasado.

Yo lo tengo claro: la lectura juega aquí un papel decisivo. Leer significa descodificar, pensar, asociar, combinar, dialogar, comprender. Y leer literatura es la mejor manera de aprender a hacerlo en su nivel más complejo, más elevado. Hay, pues, que recuperar la cultura del esfuerzo del trabajo y establecer una estrategia global en términos educativos que permita la recuperación de una alfabetización de calidad, también digital, de la cultura humanística, en definitiva, y del papel fundamental que tiene la lectura (con independencia del soporte en que se lea o incluso utilizando los nuevos soportes como aliados) como estrategia crítica fundamental para la enseñanza.

Schopenhauer decía que leer es pensar en un cerebro ajeno. Yo creo profundamente en el papel formador y transformador de la literatura, creo en la enseñanza y en su importancia en términos de sociedad, de país, pero también en términos tecnológicos. Por eso pienso que aún estamos a tiempo de abordar una reforma ambiciosa que nos permita recuperar el rumbo. Porque ya se sabe que la mejor manera de predecir el futuro es inventarlo.

Laura Borràs Castanyer*

* Dirección para correspondencia: lborras@ub.edu

Bibliografía

- BOYD, D. M. Y ELLISON, N. B. (2007). Social network sites: Definition, history, and scholarship. En *Journal of Computer-Mediated Communication*, 13 (1), article 11.
- FIDLER, R. (1998). *Mediamorfosis. Comprender los nuevos medios*, Buenos Aires: Granica.
- LAGMANOVICH, D. <http://es.wikipedia.org/wiki/Minifici%C3%B3n>.
- LIPOVETSKY, G. Y SERROY, J. (2010). *La cultura-mundo. Respuesta a una sociedad desorientada*. Barcelona, Anagrama.
- VALÉRY, P. (1928). La conquête de l'ubiquité. En *Pièces sur l'art*. http://classiques.uqac.ca/classiques/Valery_paul/conquete_ubiquite/valery_conquete_ubiquite.pdf.
- VILA-MATAS, E. Empobrecimiento http://elpais.com/diario/2011/05/24/cultura/1306188004_850215.html y Nos perdimos la revolución http://elpais.com/diario/2011/05/29/catalunya/1306631254_850215.html.
- MITCHELL, W. J. (2000). *e-topia. Urban life, Jim - But not as We know it*. Cambridge: MIT Press.
- ZAVALA, L. <http://www.redmini.net/pdf/cursozavala.pdf>